

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, ejus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confir-
met.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los
comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90
reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias:
En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55,
rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

ADVERTENCIA.

Mañana, según tenemos anunciado a nuestros lectores, no se publicará EL PENSAMIENTO, en atención a la festividad del día. Pasado mañana, aunque domingo, daremos número entero, usando de la licencia que se nos tiene concedida.

HACIENDA PÚBLICA EN LOS ESTADOS PONTIFICIOS.

Le Correspondant, en su último número publica unos importantes estudios sobre la Hacienda pública de los Estados Pontificios. Este trabajo que merece llamar la atención de los católicos de todos países, es obra de Mr. de Corcelles, ex-embajador de Francia cerca de Pío IX, y que ha continuado después siendo amigo particular del Padre Santo. Mr. de Corcelles está al frente de todas las obras que tienen por objeto acudir al auxilio del Tesoro pontificio; ha estado encargado de la negociación de los empréstitos, de la organización, tan incompleta, del dinero de San Pedro, y él es quien tiene centralizados en París todos los documentos relativos a la Hacienda pública pontificia. Nadie, pues, conoce mejor que él la cuestión, nadie podía exponerla de un modo tan verídico y tan completo.

Creo importante resumir a mi vez ese trabajo, porque es urgente que la situación financiera de la Santa Sede sea conocida de todos aquellos cuyo corazón y cuya fe ven en Roma el objeto de su veneración y de sus inmortales esperanzas.

Todos los gobiernos, dice Mr. de Corcelles, tienen en su presupuesto el espejo de su buen ó mal proceder. Las cuentas de la Santa Sede ofrecen otra significación, muestran el mal que no ha causado, el desastre producido por las intenciones hechas contra su independencia y contra la paz del mundo católico. Las deudas que la abruma, no le son imputables; son un recuerdo del hijo de familia. Es preciso guardarse de creer que el padre común tenga la responsabilidad de ellas, aunque pesan sobre él, ni que puedan pesar indefinidamente. Al contrario, ha llegado ya el último momento, y es necesario que la familia universal ponga un término a esa terrible impotencia.

Desde 1849 a 1859 el Gobierno pontificio salió los gastos de la revolución de 1848, retiró de la circulación 42 millones de francos en asignados, y realizó la completa circulación en metálico. Sus rentas públicas, de 66 millones de francos en 1850, ascendieron a 89 millones por el acrecentamiento del producto de las contribuciones indirectas, a pesar de haberse bajado los tipos en los aranceles de aduanas. Sus déficits habían desaparecido poco a poco, y en 1859 hasta llegó a obtener un sobrante de productos.

Pero vienen las invasiones, y todo muda de aspecto. De sus diez y nueve provincias se le quitan catorce al Papa, y el número de habitantes que era de 3.124.000, baja a 700.000. Al propio tiempo la Santa Sede sigue amenazada; Roma es reivindicada para Italia, y una parte considerable del Tesoro pontificio reducido ha de emplearse en mantener un pequeño ejército del que la Santa Sede no tenía anteriormente necesidad para el orden interior.

Por un sentimiento de honor al que no puede menos de hacerse justicia, el Papa quiso seguir pagando la deuda anual de las provincias cuyos impuestos ya no cobraba, a fin de que no hubiese interrupción en los compromisos contraídos con sus acreedores, y por espacio de ocho años, hasta el arreglo definitivo de esta deuda, firmado en 7 de Diciembre de 1866 por el Gobierno francés y el del reino de Italia, la Santa Sede siguió pagando los citados intereses.

De esta suerte, desde 1860, las rentas de la Santa Sede que habían bajado a 30 millones, siguieron siendo las mismas, mientras que se aumentaba la deuda general, que venía completamente a su cargo, y los perjuicios del exterior fueron los únicos que motivaron los empréstitos, cuyos intereses, a pesar de los auxilios del Dinero de San Pedro, se agregaron a cada déficit anual.

Este déficit ascendió en conjunto, desde 1859 hasta el presente, a 307 millones de francos, y, como dice muy bien M. de Corcelles, este capítulo se podría titular: *Déficits por infracciones e insuficiencias de los tratados.*

¿Cómo el Gobierno pontificio ha podido atender a todo esto? Por medio de tres recursos: 1.º con la emisión de papel consolidado y con empréstitos; 2.º con el dinero de San Pedro; 3.º con las anualidades estipuladas por el arreglo de Diciembre de 1866 y que desde entonces han venido a cargo del reino de Italia.

Las emisiones de papel consolidado y los empréstitos produjeron 200.593.000 francos; el dinero de San Pedro ha producido 71.754.000 francos, y las anualidades italianas han ascendido a 54 millones y medio.

Ahora la Santa Sede se encuentra con un presupuesto de gastos que asciende a 60.574.000 francos, y el de ingresos a 30.471.000 francos, es decir, con un déficit anual y seguro de 30 millones de francos.

¿Cómo puede hacerse frente a esto? ¿Con un nuevo empréstito? A más de que ese medio es

muy oneroso y pesa fatalmente sobre lo porvenir para aliviar un poco a lo presente, ha venido a ser de realización difícil, y la Santa Sede necesitaría una seguridad interior mejor garantida para apelar a un empréstito.

¿Se ha de procurar la rebaja de los gastos? Si se toma cualquiera el trabajo de analizar el presupuesto pontificio, no se ve muy claro qué capítulos pueden dejar de parecer urgentes é importantes, y prestarse a economías.

El presupuesto se compone en la siguiente forma:

Deuda y pensiones.....	21.337.000 francos.
Asignaciones especiales.....	9.700.000 »
Gastos de administración para el cobro de impuestos.....	7.829.000 »
Servicio del interior, comercio, obras públicas.....	6.610.000 »
Ministerio de las armas.....	15.098.000 »
Total.....	60.574.000 francos.

El capítulo de la deuda y de las pensiones no puede rebajarse; representa compromisos contraídos a los que es imposible sustraerse.

Las asignaciones especiales designan los gastos del Vaticano. Se dividen en varias partidas: la primera comprende los gastos particulares del Padre Santo, de su casa y del corto número de sus guardias, la conservación de los museos más bellos del mundo y de bibliotecas abiertas a los sabios de todos los países, las dotaciones del Sacro Colegio, del Cuerpo diplomático, de la secretaría de Estado, etc. El total asciende a 3.400.000 francos.

He aquí el presupuesto de esas modestas magnificencias que se atraen las visitas de tantos extranjeros. ¿Qué soberanos ó presidentes de república, con gravámenes equivalentes, serían más sencilla y noblemente hospitalarios que los Papas, esos antiguos herederos del Calvario y del Capitolio?

El resto de las asignaciones especiales se refiere a las universidades, a las academias, a las escuelas, a los establecimientos de beneficencia, a los gastos de la Consulta, asamblea representativa que vota los ingresos, los gastos y las cuentas del Estado, y a los sueldos de los empleados. Los demás capítulos se justifican por sí solos con los numerosos servicios a los que han de hacer frente: tribunales, policía, hospitales, cárceles, carreteras, navegación, caminos de hierro, telégrafos, bellas artes, monumentos públicos, etc.

Queda el ejército, que figura en el presupuesto por la cantidad de 15.098.000 francos, pero que con los gastos supletorios de viaje, equipo y armamento de algunos voluntarios, cuesta realmente de diez y seis a diez y siete millones. ¡Ah! dice Mr. de Corcelles, hé aquí el capítulo en que las economías serían urgentes; por desgracia no depende de la voluntad de la Santa Sede el realizarlas.

Menos de siete millones de francos anuales bastarían para sostener una fuerza ordinaria si fuera garantida la existencia temporal de la Santa Sede; pero ¿no se recuerda que en 1867, a pesar del convenio de Septiembre, por poco llegó tarde la expedición francesa para escuchar a Roma?

Preguntaré a toda persona previsora y de recto sentido, dice Mr. de Corcelles: ¿quién puede producir la economía de 10 millones en el ministerio de las armas sin abrir la puerta a las invasiones? No será la Santa Sede porque su defensa exterior no depende de ella. Unicamente la Francia tiene ahora ese poder, y el gobierno imperial está tanto más empeñado en ejercerlo eficazmente en cuanto ha extendido el principio de la no intervención europea a su convenio con el reino de Italia.

Pero suponiendo que el gabinete de las Tuillerías permita a la Santa Sede realizar próximamente esta economía de 10 millones de francos, sobre el déficit anual de 30 millones, quedarían aun 20 millones de desequilibrio entre los gastos y los ingresos, y estos 20 millones solo podrían cubrirse con las suscripciones permanentes del catolicismo.

¿Debe alarmarnos esto? «No lo creo así», dice Mr. Corcelles, cuyo objeto es manifestar a los católicos la energía que debe inspirarles lo que ha hecho hasta el día la abnegación y lo que puede hacer en lo porvenir.

El entusiasmo generoso de los pueblos católicos ha producido en diez años y bajo todas las formas (compra de papel pontificio, empréstitos, dinero) 271 millones 175.000 francos (por término medio 27 millones 175.000 francos al año).

En la actualidad en que los empréstitos no hacen ya competencia al dinero de San Pedro ¿es excesivo esperar de este una suma anual de 20 millones de francos, esto es, un auxilio inferior de 7 millones por término medio de todos los fondos reunidos en diez años?

El estado de los ingresos anuales del dinero de San Pedro prueba que el mundo católico da sus ofrendas en proporción al peligro.

En 1861 se habló por primera vez de estos ingresos, esto es, después de las invasiones que habían causado tantas ruinas. El dinero de San Pedro produjo aquel año 14 millones 184.000 francos. En 1862 las tropas francesas y pontificias parecían fijar un límite al desbordamiento de los invasores, y se restablece la seguridad; el dinero solo asciende aquel año a 9 millones 402.000

francos. Disminuye por la misma razón en más de dos millones en 1863, y baja a cinco millones 802.000 francos en 1864, época del convenio que prometía el arreglo de la deuda pontificia.

Se creyó que las cargas de la Santa Sede no serían más que un negocio diplomático, y que las suscripciones no tendrían la misma utilidad. Pero en 1867 la primera gran Asamblea de los Obispos convocados en Roma y la rápida invasión que la sucedió hacen renacer la previsión; el dinero sube entonces a 11.312.000 francos, consigue solamente con dos cuestiones al año, con simples llamamientos que en la mayor parte de los países en que esta obra ha surgido espontáneamente, no han sido precedidos de una organización regular, de relaciones asiduas, y de los medios de recaudación directos y permanentes que podrían aumentarla.

Anuncióse un día oficialmente el auxilio de los Gobiernos, y M. Rouher declaró en la tribuna que se invitaba a todas las potencias a cubrir el déficit del Papa.

El Soberano Pontífice rehusó esta especie de cooperación, porque no podía ser pensionado por los Gobiernos sin comprometer su autoridad.

«Pío IX, dice al terminar M. de Corcelles, ¿no ha enseñado lo que debe hacerse? Durante veinte años ha sobrellevado con paciente intrepidez el peso de sus tribulaciones para conservarse Papa libre y sostener nuestra dignidad en la Iglesia, aceptando con gratitud los servicios que no le hacían descender de esa majestad espiritual, y llevando el escepto de los contratos hasta pagar, por decirlo así, lo que no debía con lo que no tenía; porque lo imposible es una de las leyes del honor y el atractivo que incita a los corazones generosos al combate. Con mayor razón es preciso en el día equilibrar todo lo que se debe con lo que se puede.»

(Diario de Barcelona.)

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

PARIS, 30.—El Diario oficial publica dos decretos del emperador nombrando a los ex-ministros Gressier y al príncipe de la Tour d'Auvergne senadores del imperio.

BERLIN, 30.—El periódico ministerial *La Correspondencia Provincial*, publica un artículo que según se asegura, ha sido inspirado por el conde de Bismarck.

Hace constar que la situación actual de Europa tiene un carácter esencialmente pacífico, y declara terminantemente que la política del Gobierno prusiano está leal y sinceramente favorable a la paz.

(De la agencia Havas.)

PARIS, 28 (por la noche llegado el 30).—El señor Schneider ha sido elegido presidente del Cuerpo legislativo por 180 votos contra 7 dados al Sr. Leroux; 2 al Sr. Jerome David y 23 a las pelotas blancas.

Los señores marqueses de Talhouet Chapeaudier de Valdrome, Jerome David y Daru, han sido elegidos vicepresidentes, y los Sres. Bourneat, Marrel, Peyrusse, Magnin, Josseau Ferre, secretarios.

La mayor parte de los periódicos dicen que la carta del emperador al Sr. Emilio Ollivier abre la nueva era del imperio parlamentario.

Créese que el *Journal Officiel* publicará el jueves la lista del nuevo ministerio. En el Cuerpo legislativo, el Sr. Schneider después de su elección ha dado las gracias por haber sido llamado a cooperar a la gran misión que en lo sucesivo pertenece a la Cámara, añadiendo:

«La carta del emperador corona con modificaciones tan importantes nuestras instituciones que podría llamarse una revolución pacífica.»

En presencia de estos hechos, las prevenciones deben desaparecer y las hostilidades calmarse.

«Invito a todos los sentimientos de patriotismo a unirse para afirmar el imperio y desahogar todas las libertades.»

La Cámara tiene hoy los poderes del régimen parlamentario, debe dar el ejemplo y probar por la moderación de sus debates que tiene el sentimiento del bien público.»

El Cuerpo legislativo ha aplazado sus sesiones hasta el 10 de Enero.

VIENNA (Francia) 29.—El *Temps* publica un telegrama del 28 diciendo que la ciudad de Saint-aure ha sido completamente destruida por un terremoto.

PARIS, 29.—Proceso Troppmann. En la audiencia de ayer se han oído veinticuatro testigos. Troppmann se ha manifestado alegre al regreso a la prisión. Después de comer hizo algunas tonterías, y se acostó con gran tranquilidad.

El *Journal Officiel* publica una carta del emperador a Forcade de la Roquette, diciendo: «Con sentimiento acepto vuestra dimisión y la de vuestros colegas; me congratulo en reconocer los servicios que habéis prestado al país y a mi persona ejecutando fielmente las últimas reformas, y manteniendo con firmeza el orden público.»

El *Journal Officiel* publica dos decretos nombrando comandantes de la Legión de Honor a los señores Bomban y Gressier.

PARIS, 29.—Proceso Troppmann. En la audiencia de hoy los doctores Bergeron y Tardien han emitido la opinión de que un hombre solo no podía ejecutar los asesinatos de París.

Mañana tendrá lugar la acusación fiscal y la defensa.

Troppmann ha conservado hoy la misma calma de ayer. Está más pálido y persiste en las mismas afirmaciones.

Los periódicos aseguran que Emilio Ollivier

ha ofrecido carteras a los señores Brame y Buffet, que se han negado a aceptar.

La Bolsa ha cerrado a los precios siguientes: El 3 por 100 exterior español, a 26 1/4. El 3 por 100 francés, a 72-35. El 4 1/2 por 100 idem., a 102-50. El 5 por 100 italiano, a 56-75.

LONDRES, 29.—Los consolidados ingleses de 92 a 92 1/8.

BERNA, 29.—El Sr. Raffy, presidente de la Confederación suiza, ha fallecido.

PARIS, 30.—Ayer Troppmann volvió a su calabozo con la misma calma que en la sesión de hoy, y está lleno de confianza en su sistema y en su defensor.

Los Sres. Latour d'Auvergne y Gressier han sido nombrados senadores.

ROMA, 29.—La congregación general tenida ayer en San Pedro duró cinco horas y media. Ha tratado de la filosofía heterodoxa.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 31 DE DICIEMBRE DE 1869.

VAMOS VIVIENDO.

Una de las causas del cansancio y desaliento que en el país y en los revolucionarios mismos advierten con dolor y extrañeza los hombres del poder es, a nuestro juicio, el convencimiento cada vez más profundo que uno y otros han adquirido de la carencia de todo pensamiento político en el seno del Gobierno, de la falta absoluta de propósitos é intenciones para establecer un orden de cosas estable que sustituya a la anárquica interinidad presente, y por consecuencia de la imposibilidad de una solución cualquiera buena ó mala, más ó menos radical ó reaccionaria.

Por espacio de un año muchos cándidos y sencillos han estado esperando que la revolución de Setiembre produjese algo formal: había el encanto del misterio acerca de lo que iba a reemplazar a lo antiguo derrocado, y la expectativa de la novedad que tanto puede sobre los ánimos de los hombres. Aunque un camino sea largo, al par que áspero y difícil, lo hace en cierto modo llevadero la seguridad del término, el divisarse en lontananza el punto de llegada y de reposo.

¿A dónde vamos? nos hemos preguntado todos al ver la marcha vacilante é insegura de los intérpretes de la *honra de España*: ¿a dónde vamos? preguntan todos los días con ansiedad justificada el país entero desde la hora infanta en que cayó bajo la tutela de los *héroes* de Cádiz. ¿Vamos a la república? Así parece cuando el Gobierno proclama el mismo credo doctrinal que los republicanos, cuando la propaganda republicana se presenta pujante, favorecida y en pleno dominio por todas partes, y los mismos gobernantes que se dicen monárquicos hacen irrisoria é imposible la monarquía con sus alardes democráticos y por ende favorecen a la causa más lógica de la república.

Pero no; se nos dice por los actos y las personas oficiales: vamos a la monarquía: España es monárquica, y se trata de fundar una dinastía nueva representante del espíritu democrático moderno. Los conductores de la revolución sin apartar la vista de este pensamiento final han hecho y hacen todos los esfuerzos conducentes para coronar de este modo el edificio revolucionario; guíanles el más levantado patriotismo y les aliena una fe completa en su idea y en sus trabajos.—Es, sin embargo, el negro daño que pasan meses y mas meses, y ni aquellos esfuerzos dan resultado, ni semejanza fe y patriotismo logran hacerse reconocer como tales, antes por el contrario la opinión general les da otro significado harto más prosaico.

El pueblo que no entiende de política pensaba sencillamente, porque así se lo decían, que tan luego como se nombrase un rey, cualquiera que fuese, se empezaría a poner remedio al cúmulo de males y calamidades que hoy pesan sobre España, inaugurándose una era de orden y seguridad cual reclaman con ansia el comerciante que no vende y el artista que tiene ocioso su taller. «¿Cuándo ponen el rey?» decía en su gráfico lenguaje ese pobre vulgo español tantas veces engañado y hoy imbuido en la idea de que un monarca y un monarca para España pueda hacerse y ponerse con una votación parlamentaria. Y vió que pasaba el tiempo y que a unas tréguas sucedían otras, y no ponían el rey, y le parece que ya no le ponen; y discurriendo que será ó porque no pueden ó porque no quieren, en ambos casos sospecha mal, y las consecuen-

cias que deduce perjudican notablemente a los revolucionarios pseudo-monárquicos y a su decantada fe y patriotismo.

Pero nos extraña tanto la candidez del pobre pueblo, como el que haya tan numeroso vulgo de levita que haya estado esperando con toda seriedad la venida del rey de la revolución. Y ello es cierto, sin embargo, que muchas personas ilustradas, y hasta hombres que se llaman políticos, han seguido la gestión de rey; pero la paciencia al fin se acaba; las ilusiones, por exageradas que sean, tienen un límite; y hoy la desconsoladora realidad desalienta é infunde tristeza, aun a los más crédulos y confiados. ¿Cuántos nombres echados a volar por algún tiempo como candidatos al trono, y que desaparecieron uno tras otro como fugaces meteoros! ¿Cuántas combinaciones fracasadas! ¿Cuántos proyectos de solución destruidos! Después de rodar la corona de España por las antecámaras de los palacios extranjeros, desairada en Italia como en Portugal, por fin el Gobierno de la revolución presenta y apoya resueltamente al niño genovés. ¡Heróico paso! Esto ya es algo. La impaciencia del público hacia que al menos este no se demorase. Todo se prepara en vista del grandioso y ya próximo acontecimiento; hácese creer que todos los obstáculos están vencidos, no solo en cuanto a la aceptación por el país, que esto, contando con el ejército, es cosa fácil, sino también en cuanto al consentimiento y aprobación de la familia del muchacho y del mismo Gobierno italiano; la prodigiosa máquina constructora de reyes, ó sea la Cámara parlamentaria, funcionará a pedir de boca arrojando el preciso contingente de votos; y hé aquí que ya casi tenemos entre nosotros a Tomasito, haciendo la felicidad de los españoles en una monarquía democrática, tal como la sueñan los ideólogos modernos. Mas ¡oh desencanto! a pesar de todo este aparato teatral, pasan quince, veinte días, ¿y qué ha quedado de aquello? Todo se ha convertido en humo; sólo ha quedado el vacío, y en vez de la anunciada monarquía democrático-italo-española, que ya casi tocábamos con la mano, tenemos... lo mismo que teníamos hace meses: la monarquía absoluta y militar del general Prim, en la misma consabida interinidad, que si es desesperante y cruel para todo buen español, no debe serlo tanto para los que de ella se aprovechan.

Es lo cierto que ya nadie cree en la candidatura del colegial de Harrow, y si el conde de Reus habla de ella, todavía formalmente en el Congreso, todo el mundo se le ríe en sus barbas con estrepitosas carcajadas. Pero no importa; hay que sostener este papel sin reírse hasta el último tranco, hasta recorrer la escala toda de lo inverosímil y de lo ridículo. ¿Y después?... Después habrá que variar la decoración y preparar otra escena semejante. Se registrarán mejor todos los rincones de las cortes europeas; ¡por ventura se ha agotado ya la lista de los principillos desacomodados a quienes puede brindarse con venir a ser reyes de este pueblo soberano? Mientras tanto, y la cosa va larga, vamos viviendo.

Humanamente hablando hemos encontrado la fórmula de todos esos asombrosos planes políticos tan misteriosamente anunciados por los diarios de la situación; *modus vivendi*. La compañía de amigos afortunados que desde Alcolea se reparten los despojos de esta tierra de promisión de todos los vagos y ambiciosos, conoce bien su impotencia para fundar aquí nada estable sobre las ruinas de lo que se fué, pero necesita de ciertas apariencias para presentarse decorosamente a los ojos de los españoles habituados a comulgar con ruedas de molino. Saben, como sabemos nosotros, que de la revolución no puede salir nada durable y sólido. Todo lo revolucionario, se entiende, está considerado como impracticable. El de Génova, el de Aosta, D. Fernando, Montpensier, el príncipe Alfonso, todo es imposible; no hay solución, no hay salida. Pero ¿cómo cantar la palinodia? ¿Cómo confesar vergonzosamente que no se trajo pensamiento fijo y definido al hacer una revolución tan grande, ó que por torpeza ó desprestigio ó ruindad de miras no puede darse cima a ninguno después de tanto tiempo. No hay que pensar en humillación.

Mientras tanto, no es menos verdad que ya serán muy pocos ó ninguno los que se dejen engañar. La experiencia va siendo

demasiado larga. Todos conocen que esta interinidad no tendrá término mientras no le tenga la revolución misma. Ni los proyectados saltos del conde de Reus, ni la aparente excisión de la unión liberal ofrece vislumbre de solución de ningún género en el terreno revolucionario. Los coaligados harán todo lo posible por conservar su unión aun a costa de los mayores sacrificios porque ese es el interés de todos ellos; solo así puede retardar su muerte la revolución en la que todos han tenido parte y responsabilidad, pero también están imposibilitados de abordar definitivamente ninguna solución liberal, se ven atados unos por otros y precisados a mantener, si quieren vivir, una interinidad indefinida. De todos modos, siendo como son el instrumento con que la Providencia nos castiga, esa interinidad pasará cuando España haya expiado por completo sus faltas y el Señor se apiade de su desgracia.

DEFENSA DESGRACIADA.

En un artículo que *La Iberia* dedica a examinar los sucesos del año que hoy termina el Gobierno revolucionario desde el Setiembre del 68 hasta la fecha.

Dice así el diario progresista: «Si no fuese por las dos sublevaciones que ha combatido en la Península y por los esfuerzos verdaderamente sobrehumanos que ha hecho para sostener en Cuba el pabellón nacional y la integridad del territorio, enviando un numeroso ejército perfectamente pertrechado, y tal y como habría sido difícil enviarlo a potencias que están justamente consideradas como de primer orden, el ministerio no tendría para nosotros defensas, y su conducta apática, en cuanto hace referencia a reformas, merecería la más severa censura.»

Los dos hechos, pues, que purifican al ministerio de sus enormes pecados son: la victoria conseguida contra federales y carlistas, y los esfuerzos sobre humanos hechos para salvar a Cuba. De manera que si demostramos que ambas cosas no solamente no purifican sino que agravan la calidad y la cantidad de los pecados del Gobierno, tendremos razón sobrada para decir, apoyándonos en la confesión de la misma *Iberia*, que el Gobierno no tiene defensa, que el Gobierno merece la más severa censura, o lo que es igual, merece ser arrojado ignominiosamente del puesto que indignamente ocupa.

Pues empecemos por averiguar qué gloria resulta al Gobierno de Prim de su triunfo sobre federales y carlistas. Por de pronto es evidente que las doctrinas sentadas por los autores de la revolución de Setiembre justifican, y al justificar, promueven la insurrección. Deben ellos el poder al éxito de una rebelión. Justificarla gritando ¡viva España con honra! Pues con la misma razón federales y carlistas, amparados por el ejemplo de Prim, Serrano y Topete, quisieron llegar al poder por el camino de las armas deseadas de salvar la honra de España, amañada por los que la han arrastrado en las Cortes extranjeras y por los que han hecho del Tesoro del país botín de guerra. Además, no cabe duda en que la sublevación carlista fué originada por la guerra inícuca que el Gobierno declaró a todas las cosas santas desde el comienzo mismo de la revolución, como la sublevación federal se debe única y exclusivamente al ejercicio de esos absurdos derechos llamados naturales e ilegales, que han abierto la válvula a todo género de ideas, a todo género de pasiones, y consiguientemente a todo género de actos. Luego de entrambas sublevaciones, así como de sus consecuencias siempre tristes para el país, es el Gobierno responsable, y su victoria no puede simbolizarse sino en una corona de espinas empapada en sangre. Si a esto añadimos los fusilamientos de Montealegre, la Mancha y León, hechos con escarnio de toda ley divina y humana, la responsabilidad sube de punto, y hace del Gobierno, no un poder salvador del orden, sino un reo que debe presentarse a oír su sentencia ante el tribunal de los hombres de bien.

Pero si en estas sublevaciones el Gobierno solo merece durísimas censuras, ¿merecerá acaso bien de la patria por la conducta que ha seguido en el conflicto cubano? A esto no debíamos responder nosotros, sino los mismos cubanos, los que defendiendo la integridad nacional y los intereses de España en las Antillas se vieron forzados a despedir de mala manera al general Dulce, porque con su conducta alentaba la insurrección en vez de sofocarla. Digan, si, digan los cubanos por qué todavía se mantienen formidables los filibusteros, a pesar del número de tropas que de aquí se han mandado, y todos estarán conformes en asegurar que lo que el heroísmo de nuestras tropas y de los peninsulares hace por un lado, lo deshacen por otro la funesta política del Gobierno, las libertades otorgadas a aquel país que las rechaza, la incomprensible magnanimidad con que se ha tratado y se trata a los traidores filibusteros que vienen aquí y van a Francia a conspirar villanamente contra nosotros. Pues si en vez del general Prim estuviese al frente del Gobierno otro hombre, ¿qué sería a estas horas de los rebeldes de Cuba? Además, ¿no

se ha dicho, y por cierto que no se ha demostrado lo contrario, que había vergonzosas convivencias entre los rebeldes de Cuba y los rebeldes de Cádiz? ¿No se ha asegurado que han ido de aquí órdenes para desarmar a los voluntarios, a los valientes defensores de España, y que el general Caballero de Rodas no ha querido cumplirlos?

Luego ya se ve que en la cuestión de Cuba, si el Gobierno no ha sido el verdadero culpable del conflicto cuyo desenlace no nos es dado todavía prever, tiene al menos gravísima responsabilidad en él.

Luego si en las dos sublevaciones de este verano y en la cuestión de Cuba el Gobierno ha sido injusto, cruel, torpe y verdaderamente causante de muchas de las desgracias, podemos deducir, ateniéndonos a las confesiones de *La Iberia*, que el ministerio no tiene defensa alguna, que es merecedor de las censuras más acerbadas, y que debe caer, si conserva un poco de decoro y una sombra de patriotismo.

Claro es que no caerá; pero conste que solo la fuerza material, solo el despotismo mantenido en la Península por la fuerza de las armas, sin grandes reservas.

«Oh delicioso *Universal*! Cuántas veces hemos dicho ¿si habrá un Cura liberal en la redacción de ese periódico? Porque, francamente, para encontrar el medio histórico en las circunstancias de lugar y tiempo en que desarrolla su esencia el ser humano, nada más a propósito que escribir contra el *neismo* de la Iglesia, si el que busca el medio histórico es Cura. Cuando es seglar, el método más adecuado para hallar el medio histórico es hablar mucho en bien de la revolución, incensar al Gobierno y filosofar un poco sobre las constituciones.

Porque estos diálogos de progresistas son filósofos como ellos solos. Una vez hallado el medio histórico, son capaces de hacer una disertación metafísica-hegeliana-analitica-sintética en la unidad del yo que a sí mismo se reconoce pensado, sobre el arte de conseguir un destino. Ayúdeme Vd. a sentir qué será cuando se pongan a examinar la cuestión siguiente: ¿En qué se fundan los sostenedores de la infalibilidad pontificia?

Pues esto es, nada menos, lo que hoy hace *El Universal* en un artículo filosófico-histórico-político-crítico de tres columnas de extensión. Con avidez le hemos leído, embalsamados en sus reflexiones y pensamientos, ansiosos por encontrar el quid, o sea la conclusión sintética del artículo. Sin embargo, nos hemos llevado chasco, porque como *El Universal* todo lo hace a conciencia, hoy se limita a exponer los preliminares de la cuestión, que se propone examinar detenidamente.

En buenas manos está el panderol exclamó el órgano expresivo de nuestro pensamiento, cuando vimos al *Universal* hablando de la infalibilidad pontificia; pero luego que hemos leído su artículo de preliminares, nos hemos convencido de que no le ha escrito ningún racionalista, sino un supernaturalista, a cuyo lado, en materia de creer, somos niños de teta los que hacemos caso de milagros.

Figúrense Vds. que el tal dice muy formalmente: «El jesuitismo—ya apareció aquello—es el padre de este dogma, (la infalibilidad) y siéndolo, aparece claro que un monstruo no puede producir más que monstruosidades, etc.» Reconoce después que los hijos de Loyola no tienen por patrimonio la ignorancia, (¿son progresistas?) como el quisiera demostrar que los jesuitas han sido muy listos en inventar la doctrina de la infalibilidad, y dice luego:

«Acudamos, pues, a la historia. Desde el siglo XIV aparece en el campo intelectual el primer crepúsculo de esta utopía (la doctrina de la infalibilidad) y muy particularmente desde el XV.»

Veán Vds. por donde los jesuitas, dos siglos antes de venir al mundo, fueron padres de la doctrina de la infalibilidad, que según el articulista, apareció el siglo XIV. Verdaderamente se necesita que los jesuitas sean listos para llevar a cabo el raro portento de nacer el siglo XVI, cuando hijos suyos contaban 200 años por lo corto. Aquí debe de estar envuelta una de esas luminosas teorías del racionalismo pontificista, sobre todo y algo de aquello del «yo creando a Dios y Dios creando a todos los ángeles, y por consiguiente al yo, cuyas evoluciones creadoras con tener tanto intrínsecos son practicadas diariamente por los progresistas. Ellos crean el presupuesto y el presupuesto los crea a ellos: o lo que es lo mismo, los progresistas nacen del presupuesto como las bellotas de la encina, y el presupuesto es hijo de los progresistas, que la cuidan, conservan, aumentan y gastan con afición verdaderamente paternal.

Con esta digresión metafísica hemos perdido el hilo. Lo encontraremos otro día, cuando *El Universal* salga de los preliminares que se reducen a demostrar que la doctrina de la infalibilidad, que según él, nació el siglo XIV, es hija de los jesuitas, que nacieron el XVI, que estos para defenderla, mutilaron la Escritura y la Liturgia; y por último, que esta doctrina es absurda, impía, anti-cristiana, contraria al Evangelio y sobre todo, reaccionaria y absolutista.

En el artículo, por lo demás, hay cosas muy buenas. Uno de los distintivos más remarcables de los jesuitas, dice el articulista, es la constancia; y después de hacer algunas remarcables consideraciones sobre esto, añade: «Cuántos textos prometen la infalibilidad a la Iglesia los atribuyeron y adaptaron a la persona del Pontífice, sin considerar que no es una misma cosa la cátedra y el que la ocupa, la silla y el que se sienta, la Iglesia y el que la gobierna; pues a serlo sería indispensable decir que el Papa ocupando la cátedra se ocupa a sí mismo, y sentado en la silla lo está sobre sí mismo.»

Pedir metafísica más sublime, fuera go-

lleria. Esto de ocuparse a sí mismo y sentarse sobre sí mismo, suponemos que tendrá que ser en la unidad del yo, en, sobre, mediante la variedad del ser pensado y sentido en sí mismo, como propio sujeto y objeto del conocimiento sensible, uno e individual, según consta en la Analítica, parte II, cap. IV.

Está visto que los progresistas sirven solo para comer del presupuesto.

La Independencia española nos da en su primer artículo de fondo una noticia verdaderamente asombrosa.

«¡Ahí duele!» dice el periódico progresista. Y lo que duele ¡pásmense! nuestros lectores! es la candidatura de Espartero; y a quien duele es a los reaccionarios. ¡Miren qué especie de divieso les ha salido ahora a los reaccionarios para divertirse!

La verdad: no habíamos caído en la cuenta de que la candidatura de Espartero nos dolía en ninguna parte. Pero dice más el diario ex-genobobo; dice que nos hemos sobrecogido de espanto solo al anuncio formal de la candidatura Espartero. ¡Horror! ¿Cómo estará nuestro ánimo cuando se sobrecoge de espanto al ver en el horizonte fulminar la mohosa espada de Luchana!

Por eso sin duda, por el miedo que nos causa el orin de esa famosa espada, estamos dispuestos a, calandri-victorear al general en Madrid como rey de las Españas y de las Indias.

También aplaudiremos a las gallinitas. ¿Qué más quiere *La Independencia Española*?

Irritada la prensa ministerial de la agitada que han hecho los barceloneses al señor ministro de Gracia y Justicia, ha perdido los estribos, cuanto más la memoria. Véase, en prueba de ello, la pregunta que *El Universal* hace hoy convencido sin duda de que iba a anonadar con ella a sus contrarios:

«Si compendiaran parte de los manifestantes que gritaban: ¡Viva la República federal! aquellos patriotas, que en Mayo del 67 se sublevaron porque se suprimió el segundo día de la pascua de Pentecostés, con beneplácito de Roma?»

Averigüelo Vargas, que a nosotros nos basta saber, como sabemos de buena tinta, que Ruiz Zorrilla y *El Universal* adulaban en Setiembre de 1868 a esos patriotas bárbaros y socos tanto como hoy los denigran. Y no es extraño, porque así *El Universal* como Ruiz Zorrilla, necesitaban entonces de las barbaridades de los patriotas para llegar a ser ministros, embajadores, oficiales de secretaría, etc., etc., y ahora, por el contrario, esas barbaridades solo les sirven de perturbación en el tranquilo y sabroso goce de los pingües destinos alcanzados.

La Iberia de ayer, que no decía ni una sola palabra de las célebres manifestaciones de que había sido objeto en Barcelona el *ilustre* Sr. Ruiz Zorrilla, no contenta con ponderar la buena acogida que había tenido este en aquella capital y en Valencia, dió la siguiente noticia:

«Los habitantes de Zaragoza, sin distinción de clases, y poseídos de un verdadero entusiasmo hacia el popular ministro, le han demostrado sus simpatías de la manera más evidente, festejándole y victoreándole de un modo que deja atrás, si es posible, las recepciones de que ha sido objeto el Sr. Ruiz Zorrilla en las otras capitales que ha visitado.»

La gracia de las anteriores líneas publicadas en *La Iberia* ayer por la mañana, consiste en que el Sr. Ruiz Zorrilla no llegó a Zaragoza hasta ayer a las cuatro de la tarde.

Y ya que hablamos del viaje del señor Ruiz Zorrilla, vamos a dar a *La Iberia* una noticia. La silba que dieron al joven *ilustre* ministro de Gracia y Justicia en Barcelona, partió casi exclusivamente de gentes del pueblo; pero otra cosa hubiera sucedido si se hubiera cumplido el programa de la entrada de Ruiz Zorrilla en la capital del Principado como primeramente lo acordó el Ayuntamiento. El discurso que S. E. pronunció dentro del salón de Ciento, debió haberlo pronunciado desde el balcón de las casas consistoriales, y para este caso las clases mejor acomodadas de la sociedad barcelonesa, y principalmente de la industria y del comercio, ocupaban los balcones de los alrededores de la Plaza de la Constitución con el propósito de hacer una manifestación no precisamente contra el señor Ruiz Zorrilla sino contra el Gobierno todo, y contra la candidatura del duque de Génova que no puede ser más impopular de lo que es en Cataluña.

¿A que no da *La Iberia* esta noticia?

Dice que los directores y altos funcionarios del ministerio de Hacienda insisten en hacer dimisión de sus puestos, a consecuencia de las reformas que el Sr. Figuerola quiere introducir en el ramo que tiene a su cargo. *La Iberia* viene a confirmar esta noticia diciendo que no se extraña de ella conociendo como son las tendencias reaccionarias de los altos funcionarios del ministerio de Hacienda. Por supuesto, que *La Iberia* aprovecha la ocasión para recordar al señor Figuerola que dentro del partido liberal no han de faltarle hombres de fe, de abnegación y patriotismo, que secunden sus buenos deseos en pro de la causa revolucionaria. ¿Pues ya se ve que no!

Dentro del partido progresista, que es al que alude *La Iberia*, hay muchos que están dispuestos a aceptar seis direcciones si les dan los seis sueldos a un tiempo. Y secundarán con la mayor abnegación y patriotismo y con estómago agradecido los deseos reformistas del Sr. Figuerola. ¡Vaya si los secundarán!

Lo que hay es que no sabemos si el señor Figuerola persistirá en creer que los progresistas son ineptos para los destinos de Hacienda, que esta es la razón que tenía, según dijo una vez *El Pueblo*, para no acceder a las reiteradas instancias de colocar hechos por los distinguidos liberales y patriotas consecuentes del progreso.

La Iberia nos anuncia que un su amigo y

antiguo redactor del mismo diario, consecuente progresista y muy perseguido por sus ideas revolucionarias, ha sido nombrado secretario del gobierno civil de Alava.

Hay que agregar el sueldo de ese distinguido patriota a aquella lista que un día publicamos, de la cual resultaba que los empleos repartidos entre la redacción, administración e imprenta de *La Iberia* representaban 50 ó 60 mil duros anuales.

¡Oh! En presencia de estos contratiempos se explica bien el levantado espíritu en que *La Iberia* trata de la conveniencia de la unidad política, que consiste en convertir el presupuesto en patrimonio de la familia progresista.

Ya comprendemos por qué *La Iberia* con la boca llena de turron nos llama en su número de hoy babiecas.

La Igualdad primero, y después varios periódicos, han hablado de fuertes remesas de metálico enviadas al Banco de Londres por varios españoles que jamás han sido conocidos como grandes capitalistas, ni mucho menos, y del escándalo que esto había causado en ciertos círculos de la capital de Inglaterra.

Nosotros, al hacernos cargo de estos rumores, no nos proponemos apoyarlo ni desmentirlo. La cosa es demasiado grave para hablar de ella sin los datos necesarios. Los diarios radicales, ¿qué grados medirá ya el termómetro de la moralidad progresista, cuando hay periódicos muy leídos, más leídos que vosotros, que se atreven a dirigir, con razón o sin ella, cargos tan tremendos a vuestro partido? ¿Qué ha sido de la antigua y sana reputación, que a fuerza de repetirse al pueblo, lograsteis crear merced a inmoralidad de vuestros partidarios? Todo pasó, y ya ni tenéis fuerza si quiera para rechazar con dignidad esas acusaciones que os hacen, no los carlistas, sino vuestros compañeros, los mismos que durante tantos años han conspirado con vosotros, y que con vosotros recogieron en Setiembre del 68 el fruto de la revolución.

El testigo, acaso sea parcial; pero en cambio es perito.

El Imparcial dice que los emigrados españoles en Francia, miran con recelo la subida al poder de Emilio Ollivier, porque creen que este caballero no tolerará que carlistas e isabelinos abusen de la hospitalidad que Francia les dispensa.

Esta noticia parece un memorial salido del ministerio de Estado para que se perturbe a los españoles refugiados en el vecino imperio.

Sospechamos que *El Imparcial* va a llevarse un chasco soberano.

Emilio Ollivier no es Gasset y Artima.

El jefe del personal del ministerio de Estado, con el sueldo de 30 a 40,000 rs. anuales, nos honra con unas cuantas desverguenzas en el soneto siguiente que publica *El Imparcial*:

«Bajo, aqueso, sicio, como suele,
un párrafo publica EL PENSAMIENTO,
de querermos agravar con el intento,
aunque por miedo sus intentos vele.
Como un insulto de mujer no duele,
y es provocarlo combatir al viento,
y causarme no pueden sentimiento
las palabrotas huecas de un pelele.
Abundando al pesar que le seabra
de ver que no es don Carlos lo que priva
al que sus ófios contra mí dispara;
Ya que puesto en la dura alternativa,
tengo recelo de acupir su cara,
solo por no mancharme la saliva.»

M. DEL PALACIO.

¡Que baile! ó si no ¡que coma y calle!

El Diario Español comienza su artículo de fondo con este quejido de dolor:

«La intranquilidad y el desasosiego que nos rodean aumentan de día en día y van apoderándose, no ya solo de las esferas políticas, sino de todas las clases de la sociedad. La niebla se condensa por momentos, el horizonte se limita, se cierra y desaparece a la vista contristada, y un no sé qué fatídico abraza todos los corazones ansiosos de salir de la oscuridad y de poder ver distintamente los objetos.»

La Igualdad comienza también su primer artículo de fondo que intitula *Tinieblas*, con estas sombrías frases:

«Osuro es el presente, incierto el porvenir, pero amenazando borrasca. Donde quiera que se vuelven los ojos se tropieza con el misterio de un obstáculo; y en medio del tenebroso laberinto de la política monárquica, la coacción se agita, como armadura por un torbellino vertiginoso, en busca de una solución cualquiera que le inspire la locura.»

No se muestra más seguro *El Certamen* en lo que toca al porvenir:

«Es indudable que el último interregno parlamentario nos lleva a una crisis revolucionaria, de la cual deben salir triunfantes los principios del alzamiento de Setiembre, ó la completa ruina de la revolución.»

Pero cada uno de estos tres periódicos que representan tres partidos revolucionarios distintos, vé de diverso modo el fin de esta tenebrosa situación. *El Diario Español* piensa que la intranquilidad y desasosiego desaparecerían en cuanto se nombrase rey, porque todo lo demás está perfectamente, incluso la cuestión de Hacienda, incluso la moralidad de los situacioneros, incluso la libertad e incluso el orden. *La Igualdad*, por su parte, en lo presente y en lo porvenir no vé más que tinieblas y sombras, las cuales naturalmente se desvanecerían en cuanto luciera el sol de la república federal en el firmamento revolucionario. *El Certamen* pone su última esperanza en la Asamblea Constituyente y en el señor Rivero. Si ellos no arreglan el tinglado político, *El Certamen* no vé arreglo posible.

Si de estos periódicos pasamos a los progresistas, les oiremos decir que el duque de Génova o Espartero pueden salvarnos. Si oímos a los moderados, que doña Isabel II ó D. Alfonso. Y por último, nosotros sostenemos que Carlos VII es la única esperanza de salvación.

Resumen: todos convienen en que esto no puede ser peor; y cada cual, sin embargo, toca su pito.

—Caballeros: ¿es esto país ó jaula de locos?

—Esto es un país libre.

En nuestro número de ayer dijimos que *El Telégrafo Autógrafo* de París había al fin rectificado indirectamente la noticia que dió días atrás, relativa a la separación del general Cabrera de los asuntos carlistas; *La Piedad* da más importancia que nosotros al párrafo rectificación de las hojas parisienses, y escribe acerca de ella lo que sigue:

«Hace algunos días que negamos los primeros con toda seguridad la noticia dada por *El Telégrafo Autógrafo* de París y transmitida con gran contentamiento por toda la prensa revolucionaria de esta corte, relativa a que el ilustre conde de Morella pretendía abandonar la dirección de los negocios del partido carlista que le ha sido encomendada por su rey, fundándose en que eran nulos la mayor parte de los elementos con que se le decía poder contar, y cuando estampábamos nuestra terminante negativa, como siempre que de estos asuntos hacemos mención, tentamos firmísima confianza de estar en lo cierto.»

Como no podía menos de suceder, el diario noticioso español en la capital del imperio vecino, se ve precisado a confesar su falso número no sabemos cuántos, según se desprende de las siguientes líneas que publica anoche *La Reconcentrada*:

«Los esfuerzos hechos cerca de Cabrera para que se retirara de España, para que se produjera efecto y que este general se retirara definitivamente de la dirección de los negocios, con la condición de que el solo ha de ser el árbitro para fijar la época en que se ha de iniciar el movimiento.»

Insistimos una vez más y ciento si fuera necesario, en que no ha habido tal conato de separación.

El bravo caudillo de Morella es un hombre demasiado serio, como ahora se dice, para andar diariamente con amenazas de retirarse, a las que han de seguir luego arreglos que den por consecuencia continuar desempeñando el delicado encargo que a sus superiores dotes se ha confiado; y no puede existir ni la sombra de esas diferencias desde el momento en que su joven y esclarecido monarca tiene en él una confianza plenísima, a que responderá como bueno el primero de los soldados de la causa carlista.

Por tanto, es evidente, como dijimos en su día, que la noticia de *El Telégrafo Autógrafo* fué una ridícula invención y no más que una ridícula invención.

En cuanto al arbitraje de que el mencionado diario habla, también podemos decir una vez más, que si fuese necesaria, aunque no esperamos el triunfo de nuestros principios, si nuevas y más graves provocaciones nos obligasen a ello, entonces es claro que don Ramón Cabrera en nombre de su rey y por guerra este así, daría a los buenos, aunque con gran pena, la señal del combate, y SU VENCEDORA ESPADA BRILLARÍA DE NUEVO en la pelea, sin que fuesen obstáculo a impedirlo su edad, sus numerosas heridas, su salud delicada y las comodidades de que se halla rodeado, que todo lo sacrifica el valeroso jefe carlista al cumplimiento de la fe una vez jurada a los deberes que impone la lealtad y a su consecuencia nunca desmentida, porque el carlismo a una causa por la que tanto ha sufrido, y su amor a esta patria desgraciada, se hallan en él por encima de todo encarecimiento.»

Después de escrito el suelto que en otra parte verán nuestros lectores, acerca de los directores y altos funcionarios del ministerio de Hacienda, nos encontramos con las siguientes líneas de *El Imparcial*:

«Es completamente innecesario que existan disensiones de ninguna especie entre los directores del ministerio de Hacienda y el Sr. Figuerola, como ha supuesto un periódico: las relaciones entre el ministro y los jefes de aquel departamento no pueden ser más cordiales y por lo tanto carece de fundamento la noticia de que alguno de ellos piensa presentar su dimisión.»

¡Que sea enhorabuena!

Leemos en *Las Cortes*:

«Háblase de la formación de un centro parlamentario. De la prolongación de la interinidad, concediendo a la regencia todas sus prerrogativas. De crisis ministerial.

De la formación de un ministerio de notables. De un viaje de D. Salustiano a Lisboa. De que los unionistas trabajan para una modificación ministerial, por la cual se forme un ministerio exclusivamente progresista. De que la candidatura de Espartero va tomando vuelo.

De que los unionistas pretenden quince de las veintitres vacantes que han de cubrirse. De trabajos republicanos. De marajada en la Tertulia.

Lo cual indica que casi nada de esto será cierto.»

No tal; todo es compatible, y lo que indica es que la situación es una grillera y los españoles un rebaño de mansísimos corderos.

CARTA DE ROMA.

ROMA, 23 de Diciembre.—Empiezo en Pisa como ayer os decía. No quiero hablaros de la toma de billetes y factura de los equipajes, momentos, nunca cortos, de confusión y barullo indescriptibles. Solo os diré, porque es curioso, que en los caminos de hierro de Italia hay que tomar billete para el equipaje, por poco que sea, al peso; de modo que lo menos se paga billete y medio, y las mujeres con sus *mundos*, y los Obispos que llevan altar portátil y ornamentos, pueden pagar dos y aun tres billetes.

Está Pisa situada no lejos de montes coronados de nieve, en una inmensa llanura muy pintoresca, tan grande, que solo del lado de los montes se le ve fin, y tan llana como nunca vi otra. El ferro-caril de Liora corre primero entre hermosas huertas, después entre prados, algunos convertidos en lagunas, no sé si por las últimas lluvias, ó por alguna inundación del Arno, que de vez en cuando, como ha sucedido dos ó tres días después de haber pasado yo, llena los campos y la ciudad, y es menester andar en barcos por las calles. Más allá de los prados y de las huertas, se pierden de vista, por uno y otro lado los valles, llenos de castas y jardines, de pueblecitos y de bosques frondosísimos, que algunas veces se acercan al camino y forman túneles de follaje y de flores, por donde es delicioso pasar arrastrado por la locomotora. Al acercarse a Liora van levantándose por

